WALT WHITMAN

CANTANDO A LA PRIMAVERA

TRADUCCION Y PROLOGO
DE
CONCHA ZARDOYA

ADONAIS
XV

EDITORIAL HISPANICA
MADRID
1945

CANTANDO A LA PRIMAVERA

GRAFICAS UGUINA
MELENDEZ VALDES, 7
MADRID

WALT WHITMAN

CANTANDO A LA PRIMAVERA

TRADUCCION Y PROLOGO
DE
CONCHA ZARDOYA

ADONAIS
XV

EDITORIAL HISPANICA
MADRID
1945

JUSTIFICACION DE LA TIRADA

De esta primera edición de "Cantando a la Primavera", de Walt Whitman, se han hecho cuatrocientos veinticinco ejemplares en papel de edición, y ciento en papel offset especial, de los cuales setenta y cinco numerados del 1 al 75, reservados a los suscriptores de lujo de *"Adonais"*, y veinticinco numerados del I al XXV, para los suscriptores de honor.

Es propiedad.
Derechos reservados.

PROLOGO

WALT WHITMAN

Nació en West-Hills, Long Island, Estado de Nueva York, el 31 de mayo de 1819.

Murió en Camden, Nueva Jersey, el 26 de marzo de 1892, a los setenta y dos años de edad.

(SIGLO XIX)

"Esto no es un libro. Quien lo toca, toca a un hombre."

W. W.

Sólo Walt Whitman, entre los genios universales que ha producido Norteamérica en el siglo XIX--Longfellow, Poe, Emerson—, con su gran voz poética, es el que ha tenido un eco más lejano. Con razón preguntaba el poeta durante su vida: "¿A estas gentiles criaturitas llamáis poetas americanos?"

Y, no obstante ser el genio más autóctono de los Estados Unidos, el más singular, Walt Whitman, por su enorme vuelo lírico, por haber dirigido palabras de amor a todos los países y a todas las nacionalidades, está o debe estar indisolublemente incorporado al corazón de toda la Humanidad. Siempre ansió "the life long love of comrades." *Por esto la obra del gran bardo americano, además de tantas otras significaciones, representa el primer ensayo para alcanzar la más vasta armonía universal de los tiempos modernos. La grandeza de esta visión poética, unida a una*

íntima y profunda simpatía hacia el corazón humano individual, es lo que hace a Whitman tan poderosamente sugestivo. Su poética del amor y de la camaradería, en esta época de recelo y de lágrimas en que vivimos, nos hace sentir ávidamente la necesidad de un cósmico espíritu de amor humano. La idea de una gran confederación amorosa de hombres y mujeres, unidos en la imperecedera causa de la Verdad y de la Belleza, es el sueño que quisiéramos ver realizado. Y es Walt Whitman quien nos aviva el ansia, con sus Hojas de Hierba, *con sus grandiosos poemas.*

El es, sin duda, el supremo intérprete de América, y es, indudablemente, el primer cantor de su raza y el poeta más poderoso y original del pasado siglo. Pero este americanismo, esta americanidad es traspasada: el bardo olvida las fronteras y dirige su voz a la totalidad del universo. Así, su poesía responde, más fuertemente que ninguna otra, a las aspiraciones y fervores sentidos por todos los hombres, a la Humanidad joven que mira hacia el futuro. Walt Whitman respira la atmósfera, prueba los apetitos y piensa los pensamientos de todos los pueblos de la tierra. Y tiene la convicción de que los Estados Unidos son, por esencia divina, el agente regenerador del mundo.

* * *

Una copiosa literatura se ha acumulado en torno a la obra y a la vida de Whitman, y sigue enriqueciéndose to-

dos los años. Poco a poco, aquella ceguedad e ineptitud que existieron para comprenderle—el silencio, la incomprensión y el desdén acogían cada nueva edición de las Hojas de Hierba—*han ido desapareciendo. En vida y en los primeros años que siguieron a su muerte, siempre tuvo Whitman alrededor suyo dos bandos irreconciliables: el de los detractores—que hasta le negaban el título de poeta—y el de los admiradores exaltados—que le proclamaban más que poeta:* "Walt Whitman no es un artista; está por encima del arte"—*decían estos últimos. Las obras apologéticas creaban un Whitman legendario y le destinaban a llegar a ser un héroe de América como el propio George Washington. Y, en verdad, el poeta de la Democracia asume ya las cualidades del mito. Para muchos americanos—así lo afirma su reciente biógrafo, Mr. Henry Seidel Canby* (1)—*su figura y su rostro de barbas tumultuosas les son más familiares que sus propios escritos. Recuerdan al Whitman ególatrico o al Whitman abnegadísimo y heroico de la guerra civil, mas siempre idolizado por el pequeño círculo de amigos que después fueron sus ejecutores literarios y sus primeros biógrafos.*

La crítica actual juzga honradamente, no sólo al poeta, sino también al hombre: enjuicia al poeta y al profeta; no

---

(1) Henry Seidel Canby: *Walt Whitman, an American.* A study in biography by ————. Hougton Mifflin C.° Boston, 1943.

describe sólo sus hechos externos, sino que analiza su vida íntima y el misterioso proceso creador de su poesía. Y, al examinar cada una de las Hojas de Hierba, *palpamos inmediatamente,* tocamos al hombre. *Ellas y él se integran mutuamente; son una misma cosa. Las* Leaves of Grass *son la biografía poética de Walt Whitman. El poeta es el núcleo* de ese protoplasma en crecimiento constante. Sus hojas *se nutren de él, pues él es su savia, como en una tierra virgen. Walt Whitman ha logrado la identidad perfecta entre el hombre y su obra, y la consigue en un grado excepcional: todo esfuerzo para disociar estos elementos es inútil.*

Su vida es la más simplemente grande, la más amplia, la más llena, la más extraordinaria que acaso nunca haya existido. Es una vida cándida, alegre, multitudinaria, humanísima. Y esta vida—que no podemos verter en las escasas páginas de un prólogo a una breve edición—se ha vertido íntegramente en una obra extraña—casi un fenómeno—sin equivalente, por su origen y su carácter, en el ámbito de las letras. Su individuo corporal, su vida exterior, la íntima vida de su espíritu y su poesía no son más que un todo indivisible. La Vida hace resplandecer su esencia en las Hojas de Hierba, *para recrearse en nuevas significaciones.*

Bien dijo Burroughs que "Walt Whitman era el vivo comentario de su libro"; *aquel libro que es el más religioso de nuestro tiempo. Con Hegel—su maestro en cierta manera,*

además de la Biblia—, Whitman es un místico, un espíritu religioso, en el más profundo sentido. Pero su misticismo es el que no requiere un vestuario académico para entregarse: es un misticismo cuyo germen ha de estar fundado en el ser más ignorante que, levantándose al amanecer, observa el nacimiento del sol auroral y se siente incondicional y maravillosamente feliz. Era prácticamente imposible para un hombre de su temperamento, hacerse el corifeo de ninguna de las sectas religiosas que se disputaban las almas en el tiempo de su juventud. Mas tampoco le era posible dejar de reaccionar contra las vías estrechas de sus contemporáneos acerca del bien y del mal, de proclamar dogmáticamente una filosofía religiosa de vasta tolerancia en armonía con la democracia universal; de subrayar la importancia primordial del individuo, única razón de ser y único fin de toda concepción religiosa, social o política, y de afirmar teóricamente la igualdad del hombre y de la mujer, del cuerpo y del alma. Whitman necesitaba que este complejo evangelio se ofreciera al mundo bajo una forma literaria—sobre todo porque se trataba de operar de abajo arriba—y bajo una forma poética, porque es la más noble y la más eficaz. Pero la poesía debía evitar las fórmulas banales, la técnica tradicional. Whitman, realmente, anduvo mucho tiempo buscando la forma de sus primeros versos: su mensaje debía franquear las reglas estrechas de la métrica, fluír sin obstáculos, ser libre como

el poeta mismo y el gran país, el pueblo y el sistema democrático que él quería loar y enaltecer. Tal fué la génesis de Hojas de Hierba, *poemas* "salidos de la experiencia de su autor como briznas de hierba surgidas de la tierra nutricia" (1).

Tal evangelio poético no era esperado con impaciencia por el público. Raramente se esperan los evangelios y las demás innovaciones, sobre todo en literatura. Muchos pasajes hoy célebres de Calamus *y de los* Hijos de Adán *tratan de asuntos delicados con una libertad característica. Las enumeraciones de catálogo, la novedad de ritmos, la ausencia de rima, bastaban ya para asombrar a los lectores. Su optimismo llevado al máximo extremo y su ultracuaquerismo-catolicismo habían bastado para exasperar ya al público en aquella época de tinieblas y de desacuerdo. Y los críticos, por su parte, no vieron en el libro más que lo condenable y lo incontinente, lo insólito y lo grotesco. Pero Walt Whitman siguió su carrera sin turbarse, continuó escribiendo y trabajando para vivir...*

Al aparecer la tercera edición de las Hojas de Hierba, *tuvo lugar el célebre paseo con Emerson, en que éste reprochó a Whitman la franqueza con que trataba ciertas cuestiones. El poeta escuchó en silencio. Años más tarde con-*

---

(1) William P. Trent: *Littérature Américaine.* Librairie Armand Colin. París, 1911.

fesó que los argumentos no tenían réplica, pero que sus versos no podían cambiar.

En verdad, los Hijos de Adán *no pueden ser ya discutidos; el momento de condenar a su autor, si ese momento existió, ha pasado hace mucho tiempo. No escapará a ninguno de los que estudian su vida y su obra, que Whitman fué perfectamente sincero al estimar que su franco lenguaje era inseparable de la misión que él se había asignado.*

La citada tercera edición le valió un pequeño número de fieles... Pero sobrevino la guerra. El poeta cesó de escribir. La participación que Whitman tuvo en la guerra es lo más bello de su existencia y suministra una prueba evidente de que el amor a la Humanidad, tan fundamental en su poesía, lo era también en su carácter: se dedicó íntegramente al servicio de los heridos, de los moribundos, de los desgraciados, con la alegre inconsciencia de un niño. El libro en que ha contado sus impresiones de hospital —Specimen Days—, *lleno de dulzura, de amor, de indulgencia, es tan luminoso como sombría es* La Casa de los Muertos, *de Dostoiewski, pero ambos están animados del mismo espíritu divino.*

* * *

Las frecuentes tentativas hechas para proscribir el whitmanismo como una forma particularmente virulenta de la

decadencia moderna, parecen exageradas. La poesía de Whitman fortifica más que debilita. Produce en el lector una revelación de la personalidad, agranda el círculo de sus simpatías, purifica su espíritu y vivifica su ser.

"I'm the poet of the Body, and I'm the poet of the Soul!" *(¡Yo soy el poeta del Cuerpo y yo soy el poeta del Alma!), exclama Whitman. Ambos son igualmente sagrados para él, e igualmente reales y vívidos, en perfecta conjunción. Su ideal religioso afirma la transformación de los antiguos dolores y degradaciones y su redención como partes del orden divino y de la vida humana, lo cual muchos críticos han considerado intolerable en sus* Leaves of Grass. *Y es que Walt Whitman ha intentado fiarse de las esenciales condiciones primarias del ser y del pensamiento.*

Y junto a esta doctrina religiosa, las Hojas de Hierba *poseen también una base filosófica como centro de inspiración. Los tres conceptos fundamentales de Whitman son: el Yo, la Religión y la Democracia. En torno a ellos, su energía imaginativa prefiere, del mismo modo y con idéntica dignidad, el motivo prosaico y el más elevado como objetos de su inspiración.*

* * *

¿En qué lugar, entre los escritores, hay que emplazar a Walt Whitman? Es una cuestión a la que no se puede responder con plena seguridad. Cuando más se examina, más

se concluye la imposibilidad de hacer una crítica adecuada.

Teorías y comparaciones más o menos acertadas han osado establecer paralelos, afinidades y rasgos comunes o tangentes, entre Whitman, Tolstoi, J. J. Rousseau y Fichte. Lo auténtico es que no puede ser comparado a nadie y que está "destinado a permanecer aparte de la sociedad de los poetas".

Walt Whitman, verdaderamente grande o caótico solamente, parece desafiar aún todo análisis. Muy poco le atormentó la crítica académica. Su poesía es más órfica que olímpica, y puede provocar emociones cósmicas, dirigirse a los sentimientos universales. Por tal razón, Whitman es un pensador profundo, un bardo y un profeta.

En cuanto a su estilo, se le ha reprochado su desaliño, pero éste es más aparente que real; se le han reprochado sus cansinas enumeraciones, sus extrañas alocuciones, atribuyéndolas a una pobreza artística, a una mezcla de excesiva vehemencia y de insuficiente cultura. No es lugar aquí para rebatir o afirmar tales asertos. Sin embargo, hay que reconocer que el ritmo libre de las Hojas de Hierba *ejerce un milagroso efecto hipnótico y que satisface los oídos más expertos. ¡Ah! ¡Walt Whitman amaba la música! He aquí el secreto de la música que existe indubitablemente en sus versos, que, sin ser del todo métricos, no están por esto desprovistos de ritmo y sonoridad musical. Por otra parte, los poemas de Whitman dan muy raras veces la impresión*

de ser prosa. Y casi todas las sensibilidades descubren en las Hojas de Hierba *mucha inspiración y una enorme potencia creadora, aunque la falta de* forma, *la rudeza y crudeza que tanto las caracterizan irriten a algunas. Y hay otras que reconocen el vasto y noble movimiento sinfónico de innumerables poemas, la levedad graciosa de muchos, exquisitos como canciones, melodiosos, pocas veces superados en la poesía inglesa.*

* * *

Para terminar, dejemos que nuestra alma vague a pleno sol por los caminos, a orillas del mar, a través de la multitud, del bullicio ciudadano. Sólo así hallaremos sentido a estos versos de constantes antítesis, de saltos funambulescos, pero llenos de espíritu y de inmenso amor.

CONCHA ZARDOYA

Madrid, noviembre 1944.

CANTANDO A LA PRIMAVERA

Cantando a la Primavera, he aquí lo que cosecho para los que se aman.
(¿Quién, pues, sino yo, comprendería a los amantes y toda su dicha?
¿Y quién, sino yo, sería el poeta de los camaradas?)
Cosechando, atravieso el jardín del mundo, mas he aquí que franqueo las puertas,
unas veces a lo largo de la orilla del mar; otras, chapoteando un poquito, sin temor a mojarme,
o en los pretiles, donde las viejas piedras, reunidas en los campos, se han acumulado
(flores silvestres y sarmientos y hierba crecen entre las piedras y casi las cubren, mas yo las sobrepaso),
lejos, lejos, en el bosque, o vagando más tarde en estío, antes de saber dónde voy,
solitario, sintiendo el olor de la tierra, deteniéndome aquí y allí, en el silencio.
Solo me creía, cuando, de súbito, una turba se reúne en torno a mí;

unos marchan a mi flanco, otros detrás y otros me enlazan
los brazos al cuello.
Ellos son los espíritus de queridos amigos muertos o vivos;
más nutridos llegan, son una gran multitud, y yo en
medio,
cosechando, distribuyendo, cantando, vago por allí con ellos,
cogiendo algo en prenda, lanzándolo a quien se encuentra
cerca de mí:
aquí, lilas, con una rama de pino;
aquí, sacado de mi bolsillo, musgo que arranqué a un roble
joven, en Florida, al pender en largo reguero;
aquí, claveles y hojas de laurel y un manojo de salvia,
aquí, chapoteando a orillas del mar,
(¡oh! es aquí donde vi por vez postrera al que me ama
tiernamente y retorna para no separarse jamás de mí.
Y esto, ¡oh! esto será desde hoy la prenda de los camara-
das; sí, esta raíz de calamus será.
Intercambiadla, jovencitos, entre vosotros. ¡Que ninguno
la devuelva!)
Y ramitas de sicomoro y un ramillete de naranjas silves-
tres y de castaño,
y tallos de groselleros y ciruelos en flor, y el cedro aromá-
tico,
todo eso me rodea con una espesa nube de espíritus,
al azar de mis pasos, yo lo muestro o toco al pasar o lo
lanzo descuidadamente lejos de mí,

indicando a cada uno lo que debe tener, dando alguna cosa a cada uno.

Pero lo que he retirado del agua, a orillas del mar, lo reservo:

únicamente quiero darlo a los que amen como yo mismo soy capaz de amar.

PERFUMADA HIERBA DE MI PECHO

Perfumada hierba de mi pecho,
rebusco hojas en ti, escribo, a fin de ser estudiado más tarde a placer,
hojas de la tumba, hojas del cuerpo creciendo por encima de mí, por encima de la muerte,
raíces vivas, altas hojas, ¡oh! el invierno no os helará, hojas delicadas;
cada año volveréis a florecer; en donde desaparezcáis, surgiréis de nuevo.
¡Oh, yo no sé si muchos, al pasar, os descubrirán o aspirarán vuestro suave perfume!
¡Oh esbeltas hojas! ¡Oh flores de mi sangre! Según vuestra manera, os dejo hablar del corazón que está debajo de vosotras.
¡Oh! Yo no sé lo que queréis decir por debajo de vosotras mismas. No sois la felicidad;
sois a menudo tan amargas, que no puedo soportarlo, me quemáis y traspasáis;
sois para mí siempre bellas, raíces débilmente coloreadas, me hacéis pensar en la muerte.

La muerte es bella para vosotras (¿qué es, en verdad, hermoso finalmente, a excepción de la muerte y del amor?)
¡Oh! Pienso que no por la vida entono aquí mi canto de los amantes; pienso que debe ser por la muerte,
que, tan serena, tan solemne, crece para elevarse hasta la atmósfera de los que se aman.
Muerte o vida, me es indiferente; mi alma rehusa elegir.
(No estoy seguro de que el alma altísima de los amantes acoja bien a la muerte sobre todo).
En verdad, ¡oh muerte!, pienso ahora que estas hojas quieren decir, de manera precisa, lo que tú quieres decir.
¡Creced más alto, suaves hojas, que yo lo pueda ver! ¡Creced en mi pecho!
¡Arrancad el recelo del corazón!
¡No os repleguéis así en vuestras raíces teñidas de rosa, tímidas hojas!
¡Tú, hierba de mi pecho, no permanezcas tan amedrentada!
¡Vamos; estoy decidido a desnudar este vasto pecho mío! Hace bastante tiempo que lo he sofocado, ahogado.
Emblemáticas y caprichosas hojas, diré lo que he de decir muy sencillamente;
sólo me proclamaré a mí mismo y a los amigos; no lanzaré jamás ninguna llamada que no sea la de éstos;
gracias a ella provocaré inmortales repercusiones de un extremo a otro de los Estados;

me ofreceré en ejemplo a los amantes para que ellos tomen
forma y voluntad permanentes de un extremo a otro
de los Estados;
por intermedio mío serán pronunciadas las palabras para
hacer la muerte jubilosa.
Dame, pues, el tono, ¡oh muerte!, que yo me pueda acordar.
Date a mí, porque veo que tú estás ahora en mí por en-
cima de todo, y que vosotras estáis juntas, inseparable-
mente enlazadas, pues sois el amor y la muerte.
Ya no os dejaré engañarme con lo que yo llamaba vida,
porque ahora he sabido que sois los valores esenciales,
que os escondéis bajo estas cambiantes formas de la vida,
porque, y sobre todo para vosotras, existen ellas,
que aparecéis detrás de ellas para ser la realidad real,
que, bajo la máscara de la materia, esperáis pacientemente,
poco importa el tiempo,
que acaso un día tomaréis del todo la dirección,
que acaso sois esto porque esto lo es todo, mas no dura
largo tiempo.
Sin embargo, vosotras duraréis mucho más.

QUIENESQUIERA QUE SEAIS

Quienesquiera que seáis los que me tenéis en este momento
de la mano,
todo sería inútil sin una sola cosa;
os aviso lealmente antes de que llegue más lejos vuestra
equivocación acerca de mí:
yo no soy quien suponéis, soy muy diferente.

¿Quién es el que quiere llegar a ser mi discípulo?
¿Quién, pues, aspira a mi afecto?

El camino es dudoso; incierto el resultado, acaso funesto;
será necesario que renunciéis a todo; yo espero ser vuestro
único y exclusivo modelo;
vuestro noviciado mismo será largo y agotador;
toda la anterior teoría de vuestra vida y toda conformi-
dad con las vidas que os rodean, tendrán que verse
abandonadas.
Abandonadme, pues, ahora, antes de que sintáis más dolor;
dejad caer vuestra mano de mis espaldas.
Dejadme y seguid vuestro camino.

O, entonces, furtivamente, en un bosque,
o detrás de una roca al aire libre
(porque en la techada alcoba de una casa nada se me revela, y menos en compañía,
y en las bibliotecas permanezco como un mudo, un bobo, o un no nacido aún, o muerto),
si fuese posible que, estando con vosotros sobre una alta colina, el ojo al acecho, desde luego con miedo de que alguien, varias millas a la redonda, por descuido, se aproxime,
o acaso navegando con vosotros por el mar, o a su orilla o en cualquier isla tranquila,
os permita posar vuestros labios sobre los míos,
con el largo beso del camarada o el beso del nuevo esposo,
porque yo soy el nuevo esposo y soy el camarada.

Y todavía, si queréis, introduciéndome bajo vuestro vestido,
donde siento los latidos de vuestro corazón o reposo a vuestro costado,
llevadme cuando vayáis a partir por tierra o por mar, porque sólo tocaros así es bastante, lo es todo;
y tocándoos así yo quisiera dormirme dulcemente, y ser llevado así por toda una eternidad.

Pero observad estas hojas; las escrutáis con peligro,
porque no comprendéis ni a estas hojas ni a mí;
ellas huirán, desde luego, y, después de lo cual, más aún,
yo huiré de vosotros seguramente,
en el momento mismo en que creáis haberme indubitablemente cogido. ¡Mirad!
Ya me he escapado de vosotros.

Porque no por engañaros he escrito este libro,
ni es leyéndolo cómo lo comprenderéis,
ni me conocen mejor los que me admiran y me alaban con jactancia,
ni los candidatos a mi amor (excepto un pequeñísimo número) se muestran victoriosos,
ni mis poemas causarán sólo el bien, causarán mucho mal tal vez,
porque todo es inútil sin aquello que acaso podéis adivinar muchas veces y no comprender, aquello que he sugerido.
¡Dejadme, pues, y seguid vuestro camino!

HOJAS Y RAICES

Hojas y raíces solamente hay aquí,
olores advenidos de los silvestres bosques y de la orilla del mar, a los hombres y mujeres,
acederilla y claveles de amor, dedos en vínculo más estrecho que los sarmientos,
los espontáneos gritos de la garganta de los pájaros ocultos en el follaje de los árboles en el momento en que el sol se eleva,
brisas de tierra y de amor que parten de vívidas riberas hacia vosotros en la vívida mar, hacia vosotros, ¡oh marineros!
Bayas maduras en exceso y ramos de marzo ofrecidos, íntegramente tiernos, a los adolescentes que vagabundean por los campos cuando el invierno se suaviza,
yemas de amor colocadas delante de vosotros y en el interior de lo que sois,
yemas para ser abiertas en las antiguas condiciones.
Si llegáis a ser el alimento y la bebida, serán flores, frutos, ramas y árboles altos.

EL FUEGO NO ARDE NI CONSUME

El fuego no arde ni consume,
las olas del mar no se apresuran en ir y venir,
el aire delicioso y seco, el aire del maduro estío, no pasea ligeramente los blancos copos de miriadas de granos,
empujados, moviéndose con gracia, para caer en donde pueden.
¡No! ¡Oh, ninguno entre ellos, más que las llamas mías, consumen, queman, para obtener el amor de quien amo!
¡Oh, ninguno más que yo se apresura en ir y venir!
¿No se apresura la ola, en busca de algo, sin jamás renunciar? ¡Oh, del mismo modo yo!
¡Oh, ni copos, ni perfumes, ni las altas nubes que emiten la lluvia, se ven arrastrados a través del aire en plenitud!
Sólo mi alma se ve llevada a través del pleno aire,
impulsada en todas direcciones, ¡oh, amor!, en busca de amistad, en busca de ti.

HE VISTO UN ROBLE CRECER EN LA LUISIANA

He visto un roble crecer en la Luisiana:
erguíase enteramente solo, y el musgo pendía de sus ramas.
Sin ningún compañero crecía allí, desplegando sus alegres hojas de un verde oscuro,
y su aspecto, inflexible, vigoroso, áspero, me hizo pensar en mí mismo;
pero me pregunté cómo podría desplegar sus alegres hojas estando solo, sin un amigo a su lado, porque yo sabía que no podía imitarlo.
Y rompí una de sus ramas cubierta de cierto número de hojas y arrollé en torno a ella un poco de musgo,
y la llevé conmigo y la coloqué visiblemente en mi alcoba.
No es que necesite de su presencia para acordarme de mis queridos amigos,
(porque, en estos últimos tiempos, no hago más que pensar en ellos).
Sin embargo, esta rama es para mí un objeto curioso, pues me hace pensar en el amor viril.

A pesar de todo, y aunque este roble resplandece allá en
la Luisiana, solitario, en un amplio espacio descubierto,
dando alegres hojas durante toda su vida, sin un amigo,
sin un amante junto a él,
yo bien sé que no podría imitarlo.

EN ESTE MOMENTO

En este momento estoy sentado solo, pensativo y suspirante.
Me parece que hay otros hombres en otros países, suspirantes y pensativos.
Me parece que puedo mirar más allá y verlos en Alemania, en Italia, en Francia, en España,
o lejos, más lejos, en China, o en Rusia, o en el Japón, hablando otros dialectos,
y me parece que si yo pudiese conocer a estos hombres, llegaría a unirme a ellos como lo hago con los hombres de mi país.
¡Oh! ¡Yo sé que seríamos hermanos y amigos!
¡Yo sé que con ellos sería feliz!

LLENO DE VIDA, AHORA

Lleno de vida, ahora, compacto, visible,
yo, de cuarenta años de edad y en el año ochenta y tres de estos Estados,
a alguien que vivirá dentro de un siglo, o después de muchos siglos,
a ti, que aun no has nacido, dedico estos cantos, esforzándome por seguirte.

Cuando tú leas estos cantos, yo, que ahora soy visible, me habré tornado invisible.
Entonces serás tú, compacto y visible, quien realizará mis poemas, quien se esforzará en seguirme,
imaginándote cuán feliz serías si yo pudiese estar contigo y convertirme en tu camarada.
Que sea, pues, como si yo estuviera a tu lado. (No creas demasiado que no estoy ahora junto a ti.)

NUESTRO ANTIGUO FOLLAJE

¡Siempre nuestro antiguo follaje!
¡Siempre la verde península de Florida! ¡Siempre el delta inestimable de Luisiana! ¡Siempre los campos algodoneros de Alabama y de Texas!
¡Siempre las colinas y los valles auríferos de California, y las montañas argentíferas del Nuevo México! ¡Siempre Cuba, con su hálito dulce!
¡Siempre el vasto río que deseca el Mar del Sur, inseparable de los ríos desecados por los mares del Este y del Oeste!
La extensión, en el año ochenta y tres, de estos Estados, los tres millones y medio de millas cuadradas,
las dieciocho mil millas de litoral junto al Océano,
las treinta mil millas de litoral junto al Océano,
las treinta mil millas de navegación fluvial,
los siete millones de familias distintas y el mismo número de hogares, ¡siempre y todavía más, he aquí que se ramifican en incontables ramas!

¡Siempre el campo libre y vario! ¡Siempre el continente de la Democracia!
¡Siempre las praderas, los pastos, los bosques las amplias ciudades, los viajeros, el Canadá, las nieves!
¡Siempre estas tierras compactas ceñidas a las caderas por la cintura donde se ensartan los inmensos lagos ovales!
Siempre el Oeste, con sus vigorosos nativos, su creciente densidad, sus habitantes cordiales, amenazadores, irónicos, despreciando a los invasores;
todos los espectáculos, Sur, Norte, Este; todas las hazañas, en todo tiempo realizadas en confusión;
todos los caracteres, movimientos, desarrollos, algunos percibidos, mas otros, en miriadas, desapercibidos.
Voy, por las calles de Manhattan, recogiendo estas cosas:
en los ríos del interior, por la noche, a la claridad cegadora de la leña de pino, los *steamers* cargando madera;
el diurno sol en el valle de Susquehanna, en los valles del Potomac y del Rappahannock, y los valles del Roanake y del Delaware;
en sus soledades septentrionales, los animales de presa frecuentando los montes Adirondak, o, para saciar su sed, lamiendo las aguas del Saginaw;
en una solitaria ensenada, un ave palmípeda extraviada de su bandada, reposando sobre el agua en silencioso vaivén;
en las granjas campesinas, los bueyes, en los establos, ter-

minado el trabajo de la siega, descansan de pie, están muy fatigados;

a lo lejos, sobre el hielo ártico, la hembra de la morsa yace amodorrada mientras sus pequeños retozan junto a ella;

el esparavel volando donde los hombres no han volado nunca, la mar polar más alejada, rizada, cristalina, libre, más allá de los bancos de hielo;

las espesas brumas, por encima de la proa del navío, que se adelgazan en la tempestad;

sobre la tierra firme, lo que se hace en las ciudades suena como campanas a la medianoche;

en los bosques vírgenes, los ruidos que también retiñen: el aullido del lobo, el grito de la pantera y el ronco mugido del alce;

en invierno, bajo el duro hielo azul del lago Moosehead, visible en estío a través de las aguas transparentes, la gran trucha que se desliza;

más allá de las latitudes más bajas, en la cálida atmósfera de las Carolinas, el negro buaro que planea lentamente en la altura, por encima de los árboles;

abajo, el rojo cedro festoneado de *epiptytas*, los pinos y los cipreses que surgen en las grandes planicies de blanca arena;

los toscos barcos que bajan por el ancho Pedee, las plantas trepadoras, parásitas de las flores y de las brillantes bayas, que envuelven los inmensos árboles;

las movibles colgaduras que penden del roble y que el viento agita sin rumor;

el campamento de los carreteros de Georgia, cuando acaba de advenir la noche, los fuegos de la cena, la cocina y la comida de los blancos y de los negros;

treinta o cuarenta grandes carros, las mulas, los bueyes, los caballos, que comen en las artesas de madera;

las sombras, las luces, allá arriba, bajo las hojas de los viejos sicomoros, y las llamas mezcladas al negro humo, que giran elevándose del resinoso pino;

los pescadores del Sur en su faena, la costa de la Carolina del Norte, con sus estrechas y pequeñas bahías, la pesca del sábalo y del arenque las grandes redes en forma de bolsa, los cabrestantes de la ribera movidos por caballos, los almacenes de limpieza, de secar y de embalaje;

en lo profundo de los bosques, en los bosques de pinos, la trementina que gotea de las incisiones practicadas en los árboles, y, a lo lejos, las fábricas de trementina;

allí, los negros yendo al trabajo, bien vestidos; el suelo cubierto, en todas direcciones, de agujas de pino;

en Tennessee y Kentucky, esclavos que trabajan en las minas de hulla, en la fragua, cerca del resplandeciente horno de fundición, o bien en la trilla del maíz;

en Virginia, el hijo del plantador que vuelve después de

una larga ausencia, alegremente acogido y abrazado por la vieja nodriza mulata;

en los ríos, bateleros, con sus barcas amarradas por más seguridad, a la caída de la noche, y al abrigo de las altas orillas;

algunos, entre los jóvenes, bailan al son del banjo o del violín; otros, sentados sobre el borde, fuman y hablan;

al declinar el mediodía, el pájaro burlón, el mimo americano, que canta en el Gran Pantano de la Muerte;

allí, las aguas verdosas, el olor de resina, el abundante musgo, el ciprés y el enebro;

en el Norte, jóvenes de Manhattan, la sociedad de tiro que al anochecer vuelve de una excursión, los cañones de los fusiles llevan ramilletes de flores para ser ofrecidos a las damas;

niños que juegan, o, sobre las rodillas de su padre, una criatura dormida (¡cómo se mueven sus labios!, ¡cómo sonríe en su sueño!);

el explorador que recorre a caballo las llanuras al oeste del Mississipi, escala un otero y observa con una mirada los alrededores;

la vida de California, el minero, barbudo, vestido con su tosco traje; la sólida amistad de California, el aire suave, las tumbas que, al pasar, se encuentran solitarias al lado del camino;

más abajo, en Texas, los campos de algodoneros, las chozas

de los negros, los conductores de mulas o de bueyes delante de toscos carros, las balas de algodón apiladas en las orillas y en los muelles;
abarcándolo todo, lanzando sus rayos al aire y a lo lejos, el Alma americana, en ambos hemisferios, y nada más que un Amor, una sola Expansión, el Orgullo;
más allá, la palabrería de los Iroqueses aborígenes, el calumet, la pipa de la paz, el arbitraje,
el *sachem*, que primero sopla el humo hacia el sol y después hacia la tierra;
el drama de la danza del cuero cabelludo, bailada con gestos atormentados y gritos guturales;
la partida de la banda guerrera, la larga y furtiva marcha, uno por uno, en fila, blandiendo dextrales, la sorpresa y la carnicería de los enemigos;
todos los gestos, escenas, modales, personajes, actitudes de estos Estados, tradiciones, instituciones;
todos estos Estados aglomerados, cada milla cuadrada de estos Estados, sin exceptuar una parcela;
yo, jubiloso, vagabundeando por los caminos y los campos, por los campos de Paumanok,
observando el vuelo en espiral de dos pequeñas mariposas amarillas que juguetean entre sí, que se elevan por el aire a la altura;
la golondrina, saeta en su vuelo, la exterminadora de insec-

tos, la viajera de otoño en ruta hacia el Sur, pero que vuelve al Norte al comienzo de la primavera;

al mozo campesino, en el crepúsculo, conduciendo el rebaño de vacas y gritando junto a ellas cuando se retrasan al pastar al borde del camino;

el muelle de la ciudad, Boston, Filadelfia, Baltimore, Charleston, Nueva Orleáns, San Francisco;

los navíos que parten cuando los marineros hacen virar el cabrestante;

el atarceder—estando yo en mi alcoba—, la puesta del sol,

del sol poniente de estío que brilla en mi ventana abierta, mostrando el enjambre de moscas, suspendido, balanceándose en el aire, en el centro de la habitación, y que después se lanza hacia arriba y hacia abajo, proyectando rápidas y pequeñas manchas de sombra en el muro opuesto que recibe la luz;

la matrona americana, de formas atléticas, que habla públicamente a muchedumbres de auditores,

varones, mujeres, emigrantes, promiscuidades, la abundancia, la individualidad de los Estados, cada uno por sí mismo, los que ganan dinero;

las fábricas, las máquinas, las fuerzas mecánicas, los cabrestantes, la palanca, la polea, todas las certidumbres:

la certidumbre del espacio, del crecimiento, de la libertad, del futuro;

en el espacio, las esporas, las islas diseminadas, las estrellas; sobre la tierra, los países, mi país.

¡Oh países! ¡Tan queridos todos para mí! Lo que sois (lo que seáis), introduciéndolo al azar en estos cantos, yo devengo parte de ello (sea lo que sea).

Allí, hacia el Sur, soy yo quien pía, batiendo las alas pesadamente, con miriadas de gaviotas que invernan a lo largo de las costas de Florida.

Además, entre las riberas del Arkansas, del Río Grande, del Nueces, del Brazos, del Tombigbee, del Río Colorado, del Saskatchawan o del Osag, soy yo quien ríe, salta y corre con los manantiales.

Hacia el Norte, sobre las arenas, en cualquier bahía poco profunda de Paumanok, soy yo quien chapotea en lo mojado, en compañía de las garzas reales de níveas plumas, a la búsqueda de versos y de plantas acuáticas.

Batiendo en retirada a los papamoscas, canto con aire triunfal, por tener, a título de diversión, la corneja colgada del pico, y con aire triunfal yo gorjeo.

El vuelo migratorio de los patos silvestres cesa en otoño, para luego reemprenderse; el grueso de la banda pace; los centinelas, a los lados, circulan alrededor con la cabeza erguida y atenta, y son relevados de tiempo en tiempo por otros centinelas. Y yo pasto y monto a mi vez guardia como los demás.

En los bosques canadienses, el alce, grande como un buey, forzado por los cazadores, se yergue desesperadamente sobre sus patas traseras y con las de delante bate el aire con las pezuñas que cortan como cuchillos. Y, forzado, desesperado delante de los cazadores, yo bato el aire.

En el Manhattan, las calles, los muelles, la vida marítima, los almacenes y los innumerables obreros trabajando en los talleres,

y yo también del Manhattan; de allí extraigo mis cantos, y no menos de mí mismo que de la totalidad del Manhattan.

Canto la canción de estos mis países unidos para siempre. Mi cuerpo está inevitablemente unido, parte a parte, y surgido de mil contribuciones diversas para formar una identidad, lo mismo que mis países están inevitablemente unidos y forman UNA IDENTIDAD.

Nacimientos, climas, la hierba de las grandes llanuras pastorales;

ciudades, trabajos, muerte, animales, productos, guerra, el bien y el mal, todo esto y yo,

todo esto, en todos sus detalles, nos suministra a mí y a América el antiguo follaje. ¿Qué menos sabría hacer que pasar el hilo de la unión, a fin de procuraros el equivalente?

¡Quienes seáis! ¿Cómo no ofreceros divinas hojas, a fin de que vosotros también seáis objeto de elección como yo?
¡Cómo, si yo lo hago aquí para mis cantos, no invitaros a coger para vosotros mismos ramilletes del incomparable follaje de estos Estados!

EN EL MAR, SOBRE LAS NAVES

En el mar, sobre las naves alveoladas de camarotes,
el azul sin límites se extiende inmensamente,
con los silbantes vientos y las ondas musicales, las grandes e imperiosas ondas;
o bien, en alguna barca solitaria, impulsada sobre el denso mar,
o, jubiloso y lleno de fe, desplegando sus velas,
en el barco que hiende el aire entre la resplandeciente espuma del día, o de noche, bajo las innumerables estrellas,
tal vez seré leído por marineros jóvenes y viejos, como un recuerdo de la tierra,
en plena concordancia con mi fin.

"He aquí nuestros pensamientos, los pensamientos de los que navegan;
no sólo la tierra, la tierra firme aparece
en este libro—podrán decir entonces—,

también se extiende y se comba la cúpula del cielo; bajo nuestros pies sentimos el ondulante puente,
sentimos la larga pulsación, el movimiento eterno del flujo y del reflujo;
los misteriosos acentos invisibles, las vagas y vastas sugestiones del mundo oceánico, las líquidas sílabas que se derraman,
el olor, el ligero crujido del cordaje, el ritmo melancólico,
la ilimitada perspectiva, el hosco y lejano horizonte yacen aquí,
en este poema del Océano."

No dudes, pues, ¡oh libro! ¡Cumple tu destino!
Tú no eres sólo un recuerdo de la tierra,
tú que también eres como una barca solitaria, hendiendo el espacio, hacia un fin que ignoro, y, no obstante, llena de fe.
Navega tú también, *en conserva,* con cada navío que navega;
llévales mis cariños (para vosotros, queridos marineros, los he encerrado en cada una de estas hojas).
¡Marcha bien, libro mío! Despliega tus blancas velas, mi pequeña barca, sobre las olas imperiosas.
Prosigue tu cántico y tu marcha, lleva de mi parte,
sobre el ilimitado azul de los mares,
este canto, para todos los marineros y para todos sus navíos.

DADME EL SOL

I

¡Dadme el sol, espléndido y silencioso, con todos sus rayos deslumbrantes!

¡Dadme el jugoso fruto de otoño, maduro y rojo, recogido en el huerto!

¡Dadme un campo donde la hierba crezca insegada!

¡Dadme un árbol, dadme los racimos del emparrado!

¡Dadme el tierno maíz y el trigo, dadme los animales que se mueren serenamente enseñando el contento!

¡Dadme las noches perfectamente serenas, sobre las altiplanicies del oeste del Mississipi, y en las que pueda mirar a las estrellas!

¡Dadme un jardín de hermosas flores que perfumen el alba y en donde pueda pasearme tranquilo!

¡Dadme por esposa una dulce mujer vivida, cansada, de quien yo nunca pueda cansarme!

¡Dadme un hijo perfecto! ¡Dadme, lejos y apartada del mundo, una vida doméstica y campestre!
¡Dadme el gorjear espontáneos cantos para mi voluntaria reclusión, para mis propios oídos únicamente!
¡Dadme la soledad de la Naturaleza!
¡Restitúyeme, oh Natura, el sentido original!

Necesito todas esas exigencias (harto ya de la incesante excitación y torturado por la lucha guerrera).
Incesantemente las pido, con gritos que emergen de mi corazón;
sin embargo, a pesar de reclamarlas sin descanso, permanezco atado a mi ciudad.
Los días suceden a los días y los años a los años, ¡oh ciudad!, caminando por tus calles,
me tienes encadenado por mucho tiempo y rehusas dejarme partir;
me das millares de rostros, convirtiéndome en un hombre saciado, enriqueciendo mi alma, no obstante.
(¡Oh! Veo que deseaba huir, resisto y rechazo mis gritos. Veo que mi propia alma pisotea lo que más reclamaba.)

II

Guardad vuestro sol espléndido y silencioso,
guardad vuestros bosques, ¡oh Naturaleza!, y los apacibles lugares de las florestas;
guardad vuestros campos de trébol y alfalfa, vuestros campos de maíz y vuestros huertos;
guardad los floridos campos donde zumban las abejas del noveno mes.
Dadme los rostros y las calles. ¡Dadme los fantasmas que desfilan incesantemente a lo largo de las aceras!
¡Dadme incontables ojos, dadme las mujeres, dadme los camaradas y los amigos a millares!
¡Dejadme ver otros nuevos cada día! ¡Dejad que mis manos estrechen otras nuevas cada día!
¡Dadme espectáculos semejantes! ¡Dadme las calles de Manhattan!
¡Dadme Broadway, con los soldados que desfilan! ¡Dadme el sonido de las trompetas y tambores!

(Los soldados en compañías o regimientos: unos parten alegres y despreocupados;
otros, concluído su servicio, vuelven a las filas, jóvenes, y, sin embargo, viejos, caminando, no fijándose en nada).
¡Dadme las riberas y los muelles orlados pesadamente por negros barcos!
¡Oh! ¡Todo eso para mí! ¡Oh! ¡Una intensa vida, llena hasta desbordar y múltiple!
¡La vida del teatro, del bar, del enorme hotel, para mí!
¡La cantina del barco a vapor! ¡La multitud excursionista, para mí! ¡La procesión alumbrada por antorchas!
La brigada de densas filas que parte a la guerra, seguida de furgones militares donde se amontonan sus provisiones;
gentes, fluyendo infinitas, con voces fuertes, pasiones e imponentes espectáculos;
las calles de Manhattan con su poderoso latido, con tambores redoblando como ahora;
el coro rumoroso e inacabable, el chasquido y la estridencia de los fusiles, (la vista misma de los heridos);
la muchedumbre de Manhattan, con su turbulento coro musical.
Los ojos y los rostros de Manhattan, ¡dádmelos todos para mí!

DELICADO RACIMO

¡Delicado racimo! ¡Bandera de vida fecunda!
¡Cubriendo todas mis tierras, guarneciendo todas mis costas!
¡Bandera de muerte! (¡Cuánto te espiaba a través del humo
de la apremiante batalla!)
¡Cómo te oía agitarte y susurrar, tela desafiadora!
¡Cerúlea bandera, resplandeciente bandera, salpicada por
los astros de la noche!
¡Ah, mi plateada beldad! ¡Ah, mi blanco y rojo lino!
¡Ah! ¡Cantar tu canto, mi poderosa matrona!
¡Mi sagrada matrona, madre mía!

LA PLEGARIA DE COLON

Anciano, abatido por las olas, náufrago,
arrojado sobre esta costa salvaje, lejos, lejos del hogar,
bloqueado por el mar y las sombrías crestas rebeldes, desde hace doce tristes meses,
enfermo, rendido por la fatiga, desganado, a punto de morir,
sigo mi camino a lo largo de la isla,
desahogando las amarguras de mi repleto corazón.

¡Estoy demasiado lleno de dolor!
¿Acaso puedo vivir un solo día más?
No puedo reposar, ¡oh Dios!, no puedo comer, beber ni dormir,
antes de haber elevado mi plegaria y mi ser una vez más a Ti,
antes de haber respirado, de haberme bañado una vez más en Ti, antes de haberme comunicado Contigo,
antes de haberme confesado una vez más a Ti.

Conoces mis años en toda su integridad, mi vida entera.
mi larga vida de constante trabajo activo, no de simple adoración.
Conoces las plegarias y las vigilias de mi juventud.
Conoces las meditaciones solemnes y visionarias de mi edad madura.
Sabes cómo, antes de empezar, te consagraba todo lo que estaba por venir.
Sabes que siempre he ratificado todos estos votos y que los he cumplido.
Sabes que, ni por un solo instante, he perdido la fe ni el éxtasis en Ti,
encadenado, en prisión, en desgracia, no murmurando jamás,
todo aceptándolo de Ti, como debidamente venido de Ti.

Todas mis empresas han estado henchidas de Ti,
mis cálculos, mis planes, comenzados y proseguidos pensando en Ti,
navegando sobre el abismo o recorriendo la tierra por Ti.
Si míos fueron los designios, las invenciones y las aspiraciones, de Ti fueron los resultados.

¡Oh! ¡Estoy seguro de que manaban realmente de Ti!
El impulso, el ardor, la indomable voluntad,
la voz interior, poderosa, irresistible, más fuerte que las palabras,

un mensaje de los cielos llegando en murmullo hasta la tierra,
me empujaban hacia adelante.

Por ellos y por mí, la empresa se cumplió tan lejos.
Por mí, los viejos países del mundo, ahogados y reprimidos, fueron libertados y esparcidos.
Por mí, los hemisferios fueron explorados y unidos, lo desconocido incorporado a lo conocido.

Ignoro el fruto, él reside íntegramente en Ti;
grande o pequeño lo ignoro, o acaso tan vasto como estos campos, estos países;
acaso estas groseras e innumerables alimañas humanas que conozco,
trasplantadas aquí, puedan elevarse a una nobleza y a una sabiduría dignas de Ti;
acaso las espadas que conozco puedan ser convertidas aquí en instrumentos de arar;
acaso la inerte cruz que conozco, la muerta cruz de Europa, aquí pueda florecer y fructificar de nuevo.

¡Un esfuerzo aún! ¡Será mi altar esta arena desolada!
Porque Tú, ¡oh Dios!, has iluminado mi vida
con un rayo de luz, constante, inefable. Tu gracia,
rara luz indecible, iluminando a la luz misma,

más allá de todos los signos, de las descripciones, de los idiomas.
Por todo ello, ¡oh Dios!, permite que, con supremas palabras, aquí, de rodillas,
viejo, pobre y paralítico, Te dé gracias.

Mi fin está próximo,
rodeado de nubes,
la expedición frustrada, el derrotero disputado y perdido,
a Ti devuelvo mis barcos.

Mis manos, mis nervios se entumecen.
Mi cerebro se siente torturado, extraviado.
Aunque mi viejo cuerpo se deshaga, yo no me disociaré,
me enlazaré estrechamente a Ti, ¡oh Dios!, a pesar de que las olas me rechacen;
a Ti, a Ti, a quien al menos conozco.

¿Es la intuición del profeta lo que anuncio, o es que deliro?
¿Qué sé de la vida? ¿Qué sé de mí mismo?
Nada sé de mi obra pasada o presente;
sombrías y siempre cambiantes conjeturas pasan a su tiempo delante de mí,
visiones de mundos más nuevos y mejores, sus poderosos partos,
mofándose de mí y dejándome perplejo.

Y estas cosas que apercibo de súbito, ¿qué significan?
Como si algún milagro, alguna mano divina desnudase mis ojos;
como si en inmensas formas oscuras sonriesen a través del aire y del cielo,
y, sobre las olas lejanas, bogaran navíos innumerables,
y yo escuchase que, en lenguas desconocidas, me saludan antífonas.

GRANDIOSA MUSICA DE LA TEMPESTAD

I

¡Grandiosa música de la tempestad!
¡Soplo que te das libérrimo, silbando por las praderas!
¡Poderoso murmullo de los altísimos follajes de los bosques!
¡Viento de las montañas!
Formas indistintamente personificadas, vosotras, escondidas orquestas;
vosotras, serenatas de fantasmas con vigilantes instrumentos,
que mezcláis a los ritmos de la Naturaleza las lenguas de todas las naciones.
Vosotros, acordes, abandonados por grandes compositores; vosotros, coros;
vosotras, inmoderadas danzas, libres danzas, religiosas danzas; vosotras que venís del Oriente;

vosotros, susurros de los ríos, rugidos de las cataratas;
vosotros, ruidos de lejanos cañones con la galopante caballería;
ecos de los campos con todos los múltiples sonidos de los clarines,
semejando tropas tumultuosas, llenando la medianoche, curvándome impotente,
penetrando en la solitaria alcoba de mi sueño,
¿por qué os habéis apoderado de mí?

II

Ven a mí, alma mía, y que se nos deje en paz.
Escucha: no pierdes nada, pues ellos tienden hacia ti,
dividiendo la noche, penetrando en la alcoba de mi sueño;
por ti cantan y danzan, ¡oh alma mía!

¡Un canto de fiesta!
El dúo del novio y de la novia, una marcha nupcial,
con labios de amor y amantes corazones llenos de amor hasta desbordar,
la sonrosada mejilla ruborosa y los perfumes, el bullicioso cortejo de rostros amigos, jóvenes y viejos,
en las notas puras de las flautas y en el *cantabile* (1) de las sonoras arpas.

---

(1) *Sic* en el texto.

He aquí los bulliciosos tambores que se acercan.
¡Victoria! ¿Ves tú, en la polvareda, las banderas en jirones, pero flameando? ¿La derrota de los vencidos?
¿Oyes los gritos de un ejército conquistador?

(¡Ah, alma mía, los sollozos de las mujeres, los heridos gimiendo en la agonía,
el silbido y crepitación de las llamas, las ennegrecidas ruinas, las cenizas de las ciudades,
la miseria y la ruina de la Humanidad!)

He aquí que me invaden aires antiguos y medievales.
Veo y escucho a los viejos arpistas y sus arpas en las fiestas del País de Gales.
Oigo a los minnesingers (1) cantar sus baladas de amor.
Oigo a los violeros, juglares y trovadores de la Edad Media.

He aquí que el gran órgano resuena,
tembloroso, mientras que por debajo (tal los ocultos apoyos de la tierra,
sobre los cuales descansan y cuentan con su impulso,
todas las formas de belleza, de gracia y de fuerza, todos los matices que conocemos,
verdes briznas de hierba y melodiosos pájaros, niños que brincan y que juegan, las nubes en lo alto del cielo),

---

(1) *Sic:* poeta lírico alemán.

la fuerte base se sostiene y no interrumpe sus latidos,
aniquilando, soportando, fundiendo, maternidad de todo lo demás,
y con ella cada instrumento en multitud,
los artistas tocando, todos los músicos del mundo,
los himnos y las misas solemnes que promueven la adoración,
todos los cantos apasionados, los dolorosos llamamientos,
los dulces e innumerables vocalistas de las edades,
y para resolver el propio diapasón de la tierra,
vientos, bosques y poderosas olas oceánicas,
la nueva orquesta, volviendo a unir los años y los climas, décuplo renovador,
tales como los lejanos días que cuentan los poetas, el Paraíso;
desde entonces, el extravío, la larga separación; mas hoy se acabó la vagancia:
acabado el viaje, de regreso el viajero,
y con la Naturaleza, el hombre y el arte se han fundido nuevamente.

Tutti (1) ¡Por la tierra y el cielo!
(He aquí que el Todopoderoso jefe de orquesta ha hecho, por una vez, un signo con su batuta.)

---

(1) *Sic*, en el texto ¡Todos!

La viril estrofa de los esposos del mundo,
y todas las esposas que responden.

El lenguaje de los violines
(creo, ¡oh lenguas!, que interpretáis este corazón que no
puede interpretarse a sí mismo).

III

¡Ah!, desde niño,
tú sabes, alma mía, cómo todos los sones llegaron a ser música para mí:
la voz de mi madre en la canción de cuna o el himno
(la voz, ¡oh tiernas voces amantes del recuerdo!,
supremo milagro de todo; ¡oh voz de la madre, de la hermana queridísimas!),
la lluvia, el maíz creciendo, la brisa entre el maíz de largas hojas,
la constante resaca azotando sobre la arena,
el gorjeante pájaro, el penetrante grito del halcón,
los acentos de los ánsares silvestres, en la noche, en su vuelo migratorio hacia el Norte o hacia el Sur,
el salmo en la iglesia de campaña, en medio de los árboles apiñados, el servicio del campamento a la intemperie,

el torpe violinista en la taberna, la alegre canción, el lánguido canto del marinero,
el ganado que muge, el corderillo que bala, el gallo que saluda a la aurora.

Todos los cantos de los países vienen a resonar en torno a mí:
los germánicos *lieder* de la amistad, del vino y del amor,
las baladas irlandesas, jigas y danzas alegres, refranes ingleses,
canciones de Francia, tonadas de Escocia y, por encima de todo,
las sin par composiciones de Italia.

Por la escena, con pálido rostro y, sin embargo, sombrío de pasión,
pasa Norma blandiendo el puñal en su mano.

Veo el fulgor sobrenatural de los ojos de la pobre Lucía, condenada a la locura;
su cabellera cae libre y en desorden por la espalda.

Veo a Ernani, paseándose por el jardín nupcial,
entre el perfume de las rosas nocturnas, radiante, llevando de la mano a su prometida;
oigo la demoníaca llamada, la señal del cuerno de la muerte.

Mientras se cruzan las espadas y se descubren las cabezas grises bajo el cielo,
el bajo y el barítono del mundo, claros, eléctricos,
el dúo de los trombones: ¡por siempre la Libertad!

De la sombra espesa de los castaños españoles,
cerca de los viejos y toscos muros de un convento, una doliente melopea,
canto de un amor perdido, la antorcha de la juventud y de la vida extinguida en la desesperación;
canto del cisne moribundo, el corazón de Fernando (1) se rompe.

Despertándose de sus infortunios, al fin terminados, Amina canta;
abundantes como las estrellas y jubilosos como la luz de la mañana, los torrentes de su alegría.

(Llega la dama en plenitud;
llega el orbe resplandeciente, Venus *contralto*, la floreciente madre,
hermana de los dioses majestuosísimos, escucho a la misma Alboni.)

---

(1) *Sic.*

IV

Oigo estas odas, sinfonías, óperas;
escucho, en *Guillermo Tell*, la música de un pueblo rebelde y furioso;
oigo los *Hugonotes*, el *Profeta* o *Roberto*, de Meyerbeer;
el *Fausto* de Gounod, o el *Don Juan* de Mozart.

Oigo los aires de danza de todas las naciones:
el vals, una medida musical deliciosa, arrebatadora, me baña de felicidad;
el bolero, al son de vibrantes guitarras y restallantes castañuelas.

Veo las nuevas y antiguas danzas religiosas,
oigo el son de la lira hebraica.
Veo a los cruzados en marcha, llevando la cruz en alto, al estruendo marcial de los címbalos.

Oigo a los derviches cantar monótonamente y entrecortar
sus cantos con frenéticos gritos, girando, para encontrarse siempre cara a la Meca.
Veo las extáticas danzas religiosas de los persas y de los árabes.
De nuevo, en Eleusis, patria de Ceres, veo danzar a los griegos modernos;
les oigo batir las manos al inclinar los cuerpos;
oigo el deslizamiento cadencioso de sus pies.

Vuelvo a ver la antigua danza salvaje de los coribantes, a los danzarines herirse mutuamente.
Veo a la juventud romana, al son agudo de los pífanos, lanzar y volver a coger sus armas,
cayendo de rodillas para volver a levantarse.

Escucho al almuédano llamar a la oración, desde lo alto de la mezquita musulmana.
Veo a los fieles en el interior, sin fórmulas, ni sermones, discusiones ni palabras;
veo las cabezas silenciosas, extrañas, fervientes, arrebatadas, devoradas por el fuego, rostros extáticos.

Escucho el arpa egipcia de múltiples cuerdas,
los primitivos cantos de los bateleros del Nilo,
los sagrados himnos inmortales de la China,

o los delicados sones del *king* (la madera y la piedra golpeadas),
o bien, al son de las flautas indúes o al irritante gangueo del *vina*,
veo un tropel de bayaderas.

V

Ahora, Asia y Africa me abandonan; apoderándose de mí,
es Europa quien me anima,
al son de inmensos órganos y de orquestas que escucho
como si viniesen de vastos concursos de voces:
el orgulloso himno de Lutero *Eine feste Burg ist unser Gott* (1);
el *Stabat Mater dolorosa*, de Rossini,
o, cerniéndose en alguna oscurecida catedral elevadísima,
con vitrales suntuosamente coloreados,
el apasionado *Agnus Dei* o el *Gloria in Excelsis*.

¡Compositores! ¡Poderosos *maestros!* (2)
¡Y vosotros, dulces cantores de los viejos pueblos, *soprani, tenori, bassi!* (3)
Ante vosotros, un nuevo bardo, cantando en el Oeste,
con reverencia os envía su amor.

---

(1), (2) y (3) *Sic* en el texto.

VI

Entonces me despierto dulcemente,
y, reflexionando, interrogando un momento a la música de mi sueño,
o interrogando a todas esas reminiscencias, la tempestad en su furor,
y todos los cantos de las *soprani* y de los *tenori*,
y esas extáticas danzas orientales del fervor religioso,
y los variados instrumentos melódicos, y el diapasón de los órganos,
y todas las ingenuas quejas de amor, de dolor y de muerte,
digo a mi alma curiosa y silente, una vez fuera del lecho de la alcoba de mi sueño:
ven, porque he encontrado el hilo que tanto tiempo buscaba;
salgamos de día, después de haber reparado nuestras fuerzas,

para entregarnos de todo corazón a la unisonancia de la vida,
recorrer el mundo, el mundo real,
y nutrirnos en adelante de nuestro celeste sueño.

Y yo digo, además:
lo que has oído, alma mía, acaso no era el ruido del viento,
ni sueño de furiosa tormenta, ni las batientes olas, ni el áspero grito del halcón de mar,
ni vocalismos de la soleada Italia,
ni el majestuoso órgano alemán, ni el vasto concurso de voces, ni las sesiones de armonía,
ni las estrofas de esposas y esposos, ni el rumor de los soldados en marcha,
ni las flautas, ni las arpas, ni el sonar del clarín en los campamentos,
sino, siguiendo un ritmo nuevo, acomodado por ti,
los poemas que lanzan un puente de la Vida a la Muerte, vagamente llevados por el aire nocturno, ni aprehendidos, ni escritos,
que salimos a escribir a plena luz del día.

¡OH, CAPITÁN! ¡MI CAPITÁN!

¡Oh, Capitán! ¡Mi Capitán!, nuestro espantoso viaje ha terminado.
La nave ha salvado todos los escollos, hemos ganado el premio que anhelábamos:
el puerto está cerca; oigo las campanas, al pueblo entero aclamándote,
mientras sus ojos siguen la firme quilla, la audaz y soberbia nave.
Mas, ¡oh corazón!, ¡corazón!, ¡corazón!
¡Oh rojas gotas que caen,
allí, en el puente, donde mi Capitán yace derribado, frío y muerto!

¡Oh Capitán! ¡Mi Capitán! Levántate y escucha las campanas.
Levántate. Por ti se ha izado la bandera. Por ti gorjea el clarín.
Para ti ramilletes y coronas con cintas. Para ti las multitudes en las playas.

Por ti clama la muchedumbre, a ti se vuelven los rostros ardientes.
¡Ven, Capitán! ¡Querido padre!
¡Que este brazo mío pase por debajo de tu cabeza!
Debe ser un sueño que yazcas sobre el puente,
derribado, frío y muerto.

Mi Capitán no contesta. Sus labios están pálidos e inmóviles.
Mi padre no siente mi brazo, no tiene pulso ni voluntad.
La nave, sana y salva, ha anclado: su viaje ha concluído.
De vuelta de su espantoso viaje, la vencedora nave entra en el puerto.
¡Oh playas, alegráos! ¡Sonad, campanas!
Mas yo, con tristes pasos,
recorro el puente donde mi Capitán yace derribado, frío y muerto.

LA CANCION DE LA MUERTE

¡Ven, muerte adorable y balsámica!
Ondula alrededor del mundo, acércate, muéstranos tu serena frente,
día y noche, sin olvidar a nadie,
acércate, muerte delicada.

Loado sea el insondable universo.
Por la vida y la alegría que nos brinda, por los objetos y la ciencia de ellos,
y por el amor—¡el delicioso amor!—,
¡loada seas!, ¡loada!, ¡loada!
¡Oh muerte, y el frío y seguro abrazo de tus manos!
Sombría madre que te deslizas a nuestro lado con apagados pasos,
¿nadie te ha cantado todavía un canto de entusiasta bienvenida?
Si es así, déjame que te glorifique sobre todas las cosas,
que te ofrezca un canto para decirte que, cuando vengas, lo hagas sin desfallecer.

¡Acércate, fortísima libertadora!
Yo canto a los muertos que me traes.
canto el océano de amor que los lleva en sus ondas,
bañados en las aguas de tu beatitud, ¡oh muerte!

De mí revuelan gozosas serenatas.
Propongo danzas para festejarte, empavesamientos y fiestas en tu honor;
para ti, los espectáculos al aire libre, bajo los plenos cielos,
la vida y las campiñas, y la enorme noche llena de recogimiento,
la noche silenciosa bajo las temblorosas estrellas,
las costas del Océano y las murmurantes olas, como los arrullos de mi niñez,
y el alma que se vuelve hacia ti, ¡oh muerte!, buscando tus labios bajo los crespones de tu velo,
y el cuerpo que se estrecha, reconocido, contra ti.

Por encima del susurro de los bosques elevo mi canción,
por encima de las ondas que suben y que bajan, por encima de los campos y de las inmensas praderas,
por encima de todas las compactas ciudades, por encima de los puertos y de las hormigueantes avenidas,
elevo esta canción hacia ti, ¡oh muerte!
¡Con alegría! ¡Con alegría!

¡TU, ASTRO CENITAL!

¡Tú, astro cenital! ¡Tú, ardiente mediodía de Octubre!,
inundando con luz devoradora la gris arena de la playa,
el sibilante mar cercano con sus lejanas perspectivas y espumas,
con sus fulvos regueros, sombras y azul inmensidad.
¡Oh resplandeciente sol de mediodía! ¡Para ti, mi canto singular!

¡Escúchame, ilustre!
¡A mí, el más amante, pues siempre te he amado! (1)

Cuando era pequeño me calentabas; más tarde, niño feliz, solo, a la orilla de un bosque, tus rayos, al acariciarme, me bastaban;
y ya hombre maduro, o joven, o viejo, has sido como ahora, cuando te dirijo mi invocación.

---

(1) *Thy lover me, for always have love thee,* que Vasseur traduce: Te habla el más agradecido de tus hijos.

(No puedes engañarme con tu silencio.
Yo sé que la Naturaleza se inclina ante el hombre digno;
aunque no contesten con palabras, los cielos, los árboles oyen su voz y tú también la oyes, ¡oh sol!
En cuanto a tus dolores, a tus perturbaciones, a tus inesperados abismos y a tus dardos,
los comprendo, porque conozco bien esas llamas, esas perturbaciones.)

Tú, que difundes tu calor y tu luz fructificadores
sobre las miriadas de granjas, sobre la tierra y las aguas del Norte y del Sur,
sobre el interminable curso del Míssissipi, sobre las herbosas llanuras de Texas, sobre los bosques del Canadá,
sobre todo el globo que vuelve su rostro hacia ti, brillante en el espacio,
tú, que lo envuelves todo imparcialmente, no sólo los continentes sino también los mares,
tú, que tan generoso te prodigas a los racimos, a la cizaña, a las silvestres florecillas,
difúndete, difúndete a través de mí y de lo mío, mas dedícame uno solo de los rayos fugitivos de tus millones de millones;
traspasa estos cantos.

No limites a ellos tu sutil esplendor y tu poderío:
prepara el más remoto día de mi ser, prepara mis som-
bras que se alargan,
prepara mis estrelladas noches.

¡ADIOS!

Para terminar, anuncio al que ha de venir después de mí.

Recuerdo haber dicho anteriormente que mis hojas brotaban para todos.
Yo quiero elevar mi voz jocunda y potente para referirme a la consumación.

Cuando América realice lo prometido, cuando, a través de estos Estados, caminen un centenar de millones de altivos individuos,
cuando las más lejanas regiones pertenezcan a esos hombres altivos y cooperen con ellos,
cuando la progenie de las madres más perfectas destaque a América,
entonces doble complacencia habrá para mí y para mis poemas!

He sido impulsado por mi propio derecho.
Yo he cantado el cuerpo y el alma; la guerra y la paz he cantado, y los cantos de vida y de muerte,

las canciones de cuna, y he mostrado que existen muchos nacimientos.

He mostrado mi estilo a todo el mundo, he caminado con paso decidido.
Ahora, cuando mi placer está saciado, susurro: *¡Adiós!*
Y estrecho por última vez la mano de la joven y del joven.

Anuncio que los seres naturales se levantan,
anuncio la triunfante justicia,
anuncio la libertad y la igualdad inflexibles,
anuncio la justificación del orgullo.

Anuncio que la identidad de estos Estados es una simple identidad únicamente,
anuncio que la Unión es más y más compacta, indisoluble,
anuncio los esplendores y grandezas de todas las políticas anteriores de la tierra humilde.

Anuncio la adhesividad, la unión; digo que será ilimitada, indisoluble;
digo que vosotros hallaréis, sin embargo, al amigo que habéis esperado.

Anuncio a un hombre y a una mujer del porvenir.
Acaso tú eres uno (*¡Adiós!*).

Anuncio al gran individuo, fluidor como la Naturaleza,
casto, afectuoso, compasivo, vigoroso.

Anuncio una vida que ha de ser copiosa, vehemente, espiritual, osada;
anuncio una muerte que, luminosa y alegremente, encontrará su transformación.

Anuncio miriadas de juventudes, hermosas, atléticas, de pura casta, de dulce condición;
anuncio una raza de espléndida y salvaje ancianidad.

¡Oh! ¡Al más fuerte y corpulento! *¡Adiós!*
¡Oh! Aprieta demasiado al abrazarme.
Preveo también que da a entender más de lo que pensaba;
me parece que estoy agonizando.

Mi canto cesa; yo lo abandono.
De detrás del biombo donde me oculto, avanzo en persona únicamente hacia ti.

Camerado (1): esto no es un libro.
Quien lo toca, toca a un hombre.
(¿Es de noche? ¿Aquí estamos solos los dos?)

---

(1) *Sic:* Camarada.

Soy yo el que os abraza y a quien abrazáis.
Salto de las páginas a vuestros brazos; es la muerte quien me envía.

¡Oh! ¡Cómo me adormecen vuestros dedos!
Vuestro aliento desciende en torno a mí como un rocío; el latido de vuestros pulsos arrulla el tímpano de mis oídos.
Me siento sumergido en la dicha, desde la cabeza a los pies, delicioso, colmado.
¡Basta! ¡Oh realidad súbita y secreta!
¡Basta! ¡Oh fluidor presente! ¡Basta! ¡Oh resumido pasado!

Amigo querido, quienquiera que seáis, aceptad este beso.
Os lo doy especialmente a vos; no lo olvidéis.
Me siento como alguien que, concluída su jornada, reposa un instante.
Ahora sufro una de mis numerosas transformaciones; paso por uno de mis infinitos avatares, mientras otros me esperan indudablemente.
Una esfera desconocida, más real que la soñada, más directa, guía mis pasos: *¡Adiós!*

Acordáos de mis palabras: puedo retornar de nuevo.
Os amo, aunque me aleje de la materia
y sea como un ser incorpóreo, triunfante, muerto.

MI LEGADO

A tí, quienquiera que seas (bañando con mi aliento esta
hoja para que crezca, oprimiéndola un instante en mis
manos vivas:
—¡Toma! ¡Mira cómo me late el pulso en las muñecas!
¡Cómo dilata y contrae la sangre mi corazón!)
Me ofrezco a ti, en todo y para todo; me ofrezco a mí
mismo, con la promesa de no abandonarte jamás,
de lo que doy fe firmando con mi nombre .

WALT WHITMAN

INDICE

Págs.

Prólogo 7

1. Cantando a la Primavera 19
2. Perfumada hierba de mi pecho 22
3. Quinesquiera que seáis 25
4. Hojas y raíces 28
5. El fuego no arde ni consume 29
6. He visto un roble crecer en la Luisiana 30
7. En este momento 32
8. Lleno de vida, ahora 33
9. Nuestro antiguo follaje 34
10. En el mar, sobre las naves 44
11. Dadme el sol 46
12. Delicado racimo 50
13. La plegaria de Colón 51
14. Grandiosa música de la tempestad 56
15. ¡Oh, Capitán! ¡Mi Capitán! 72
16. La canción de la Muerte 74
17. Tú, astro cenital 76
18. ¡Adiós! 79
19. Mi legado 83

Colección ADONAIS.

Volúmenes publicados:

I.—Rafael Morales: POEMAS DEL TORO. Prólogo de José M.ª de Cossío.

II.—Charles Péguy: POESIAS. Selección, traducción y prólogo de Vicente Pola.

III.—Gerardo Diego: POEMAS ADREDE.

IV.—José A. Muñoz Rojas: ABRIL DEL ALMA.

V.—José Suárez Carreño: LA TIERRA AMENAZADA.

VI.—Enrique Azcoaga: EL CANTO COTIDIANO.

VII.—Dámaso Alonso: OSCURA NOTICIA.

VIII.—Georges Rodenbach: EL REINO DEL SILENCIO. Selección, traducción y prólogo de Carlos R. de Dampierre.

IX.—Vicente Gaos: ARCANGEL DE MI NOCHE.

X.—Alfonso Moreno: EL VUELO DE LA CARNE.

XI.—Rafael Laffón: ROMANCES Y MADRIGALES.

XII.—Paul Verlaine: FIESTAS GALANTES. ROMANZAS SIN PALABRAS. Traducción y y prólogo de Luis Guarner.

XIII.—José Suárez Carreño: EDAD DE HOMBRE.

XIV.—José Luis Cano: VOZ DE LA MUERTE.

XV.—Walt Whitman: CANTANDO A LA PRIMAVERA. Traducción y prólogo de Concha Zardoya.

Volúmenes próximos:

Percy B. Shelley: POESIAS. Selección, versión y prólogo de Leopoldo Panero.

Dictinio del Castillo Elejabeytia: LA CANCION DE LOS PINOS.

Rainer María Rilke: CARTAS A UN JOVEN POETA. SONETOS A ORFEO. Traducción y prólogo de Rafael S. Torroella y María Teresa Bermejo.

Alfonso Gil: DOLIENTE AFAN.

SUSCRIPTORES DE HONOR

DE

ADONAIS

Teresa de Ahumada.
Remedios García de la Bárcena.
Nieves Fernández-Canivell.
Matilde Marquina.
Rosa de Vaquero.
Carmen Dupuy.
Joaquín de Entrambasaguas.
José Luis Estrada.
Vicente Aleixandre.
José Antonio Muñoz Rojas.
Carlos Rodríguez Spiteri.
Carlos Martínez Barbeito.
Bernabé Fernández-Canivell.
Luis Jorge Ramírez.
Cecilio López Guevara y Cortés.
Pedro Pérez Clotet.
Fernando de la Presa.
Javier de Aznar.
César González-Ruano.

Los ejemplares de honor de ADONAIS, que van numerados e impresos en papel offset especial, llevan el nombre del suscriptor y una dedicatoria autógrafa del poeta.

Esta suscripción es limitada a veinticinco ejemplares, y su importe trimestral, correspondiente a tres volúmenes de la colección, es de cincuenta pesetas.

REINO DE LA LITERATURA CASTELLANA

COLECCION DE ANTOLOGIAS

PUBLICADAS POR

EDITORIAL HISPANICA

VOLUMENES APARECIDOS:

I. *LOS PAJAROS EN LA POESIA ESPAÑOLA.* Selección y prólogo de José M. Blecua.

II. *LAS FLORES EN LA POESIA ESPAÑOLA.* Selección y prólogo de José M. Blecua.

III. *EL MAR EN LA POESIA ESPAÑOLA.*

Volúmenes de 260 a 360 págs. tamaño 14,5 × 20,5 cm., con artísticas ilustraciones en color. Precio de cada volumen: 20 pesetas.

.....

NUEVAS EDICIONES DE RABINDRANATH TAGORE

LA LUNA NUEVA (Poemas de madres y de niños).
OFRENDA LIRICA (Gitanjali).

Cada volumen encuadernado en tela: 18 pesetas. Ediciones de lujo, en piel.

.....

OTROS VOLUMENES DE POESIA:

DOLORES CATARINEU: *Siempre* (Poesías). 15 pesetas.

GERARDO DIEGO: *El Romancero de la Novia. Iniciales.*

Dos libros de poesías en un solo volumen, con un retrato del autor: 12,50 pesetas.

POESIAS, de FERNANDO VILLALÓN. Prólogo de José María de Cossío. Un volumen con las obras del gran poeta andaluz: 20 pesetas.

Pídanse en las principales librerías de España.

ESTA EDICION DE "CANTANDO A LA PRIMAVERA", VOLUMEN XV DE LA COLECCION "ADONAIS", SE ACABO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE GRAFICAS UGUINA EL DIA 20 DE ENERO DE 1945

EDITORIAL HISPANICA